

16 PAGINAS. 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO II

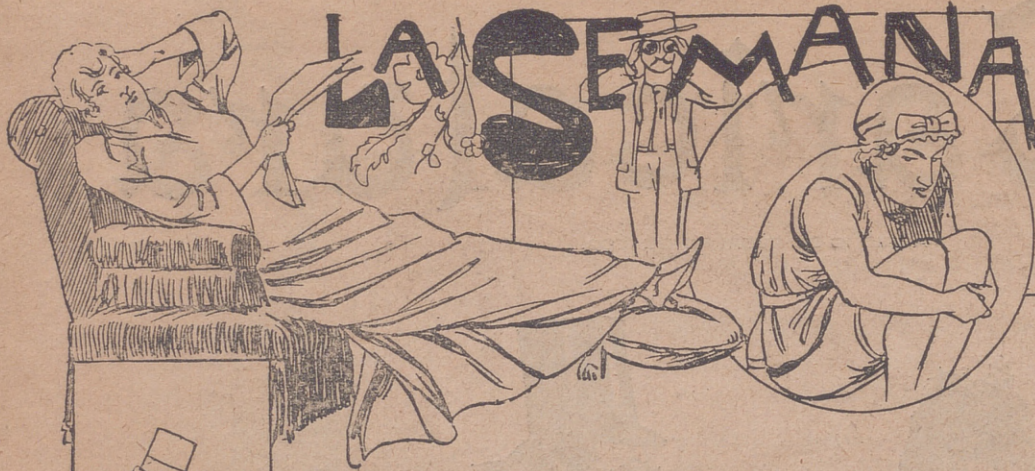
MADRID 19 DE FEBRERO DE 1893.

NUM. 31



ABSTINENCIA

—Fs que viendo á usted, salero, no hay manera de respetar los preceptos de la Santa Madre Iglesia.



NI este ha sido Carnaval ni nada.

— ¡Qué diferencia — como dicen los señores mayores — entre los carnavales del cuarenta al cincuenta y del cincuenta al sesenta y ocho, y estos Carnavales!

«Aquello era divertirse. ¡Qué comparsas tan bien organizadas, y tan primorosamente vestidas! ¡Qué carros, cargados de damas

de la aristocracia, repartiendo dulces y bombones á los transeuntes de mérito personal!

— ¡Qué máscaras sueltas! — apuntan otro ú otra, representantes de *demisiecle.* — Lujo, gusto, y carácter y todo. Recuerdo que un año me disfracé de *oso bailable*, guiado por un amigo que hacía de domador; y para que la ilusión fuera completa, me dejé taladrar la nariz para que me pusieran esa anilla que habrá usted visto que es moda entre los osos.

— Es abnegación digna del oso de Madrid.

— Y un chico, que después ha sido ministro de Gracia y Justicia, se disfracé de mandarín chino, y se afeitó el pelo de la cabeza, dejándose solamente la trenza. Por cierto que estaba en relaciones con la hija de una marquesa, y le despidió por asqueroso y repugnante.

— ¿Y aquél otro que salió vestido de Hércules? Anduvo las tres tardes de Carnaval con una piedra á cuestas, que pesaba no sé cuántas arrobas.

— ¡Lo que se divertiría!

— Mucho: estaba muy bien relacionado y daba bromas...

— ¿Con la piedra?

— Las estudiantinas eran auténticas, y escogidas, y hoy...

— Alguna que otra también.

— No lo crea usted: vagos, tunos, *españistas*...

— Eso es: y ladrones de caminos, parricidas, *antropófagos*...

— ¡Qué barbaridad!

— Aquella buena fe, aquel candor han concluido.

— Es verdad.

— Entonces nos disfrazábamos por convicción.

— Y por principios.

— Y hoy...

Quedamos en que este no ha sido Carnaval.

A pesar de que, cuando está Sagasta, según un alquilador de trajes, se nota que hay mayor número de máscaras y más animación.

— ¿Pues qué — le pregunté — alquila usted morriones?

La decadencia del Carnaval puede ser efecto del aumento de la moralidad, como la decadencia del imperio.

Porque nos moralizamos, aun sin querer.

Ahí está esa Asociación de padres de familia que, si se descuida Ana Judic, la lleva á la calle de Quiñones, 2, hotel.

Le Parfum les ha producido idéntico efecto que á los perros el olor del tabaco, ó la música de algún piano de manubrio callejero.

No es que *Le Parfum* sea delicado, que no lo es, pues que esos señores moralistas andan mal de olfato; porque en francés y en italiano y en portugués y en castellano hemos visto en escena obras horrosas y demoledoras.

Y nunca les ha ocurrido á los asociados de la Moralidad, no digamos «echarse encima», como dice la gente, sino protestar, siquiera fuese tan inútil como ahora la protesta.

Afortunadamente para los padres calderonianos, se fué ella sola.

Digo, la delinciente artista que tal escandalera ha provocado con algunas obras de su repertorio.

No va convicta y confesa, pero no olvidará jamás á esos padres españoles que tan severa lección quisieron darla.

¡Ah! si la pobre actriz hubiera contado con la protección de un alcalde como el de Motril, supongamos, á estas horas no ha quedado padre de familia con cabeza, ni asociación ni sociedad.

Pero de esos alcaldes hay pocos.

¡Qué diferencia entre él y el de San Bernardo que tenemós en casa!

Es tan escaso el número de caracteres, que cuando se inicia uno hay que elogiarle.

Un alcalde como el de Motril, que mete en casa á tiros al vecindario, es la continuación de *El alcalde de Zalamea* hasta nuestros días.

¡Qué hombre!

Digo ¡qué alcalde!

Para una situación moralizadora, que no quiere atropellos ni coacciones electorales, hombres así son indispensables.

Porque no necesita el ministro más que decirles:

— Por ahí va Fulano.

Y sale Fulano, aunque se quede solo en el pueblo, con el alcalde y la Guardia civil.

¡Qué diferencia entre las elecciones bárbaras de otros tiempos, y las suavísimas y persuasivas costumbres de hoy en este periodo electoral!

Así da gusto.

Lo más que resulta es que saca el gobierno á los diputados que quiere.

Pero nada más.

Eso del encasillado es ya una prueba de legalidad, imparcialidad y fraternidad.

¡Y cuidado si había *encasillados*!

Una epidemia.

Donde menos se piensa se tropieza con algún ciudadano que hasta ahora había sido hombre de bien y saludable, y hoy anda triste, pálido, cegijunto, ojeroso, uraño.

— ¿Qué tendrá Crispín que va tan desencajado y...?

— Pues eso, desencajado; es decir, convaliente de *encasillado*.

— ¿Pero no ha salido?

— No pudo brotar, y se le ha repartido la candidatura por el cuerpo.

¡Infeliz!

Eduardo de Palacio.



LOS ATENTOS

—Mujer, ¿para qué te molestas? Yo lo hubiera cogido; ó si no, déjalo ahí, verás lo que tardan en cogerlo.

MINISTROS

PARA todo se necesitan estudios, ó cuando menos, algo de sentido común; pero para ser ministro de la corona maldito lo que hace falta.

Un jefe de partido comienza á notar que es objeto de todo género de atenciones por parte de un súbdito cualquiera, y dice para sí:

— ¡Hombre! ¡Qué buena persona parece Fulano!

El Fulano aquel, insiste en sus atenciones; visita todas las tardes al jefe; le pregunta por la salud; «le hace el cuarto» en el tresillo; le busca casa cuando quiere mudarse y nodriza cuando da á luz la jefa; y acaba por encender en el corazón del

personaje la llama voraz de la simpatía.

Por último, una noche al jefe le duele un raigón y no sabe con qué calmarlo. Entia el súbdito leal y lo primero que hace es sorprenderse — porque parece mentira que hasta los personajes tengan dolores — después le aconseja que se enjuague con anís del mono, y acaba por meterse



—¿No te mareas, chiquilla, con tanta vuelta?
—Anda... ¡pues apenas he dado yo vueltas en este mundo!

en la cocina y prepara por su mano una cataplasma de miga de pan y leche. El personaje se queda dormido en compañía de la cataplasma, y entretanto el amigo servicial vela su sueño, como lo haría la madre más cariñosa.

—Retírese usted á descansar—le dice la esposa del personaje.—Aquí quedo yo para lo que haga falta.

—Nunca, señora, nunca; antes me dejaría hacer pedazos. Mientras no vea á don Canuto completamente restablecido no me moveré de esta casa.

Y, efectivamente, allí se queda el amigo incondicional, en clase de perro cariñoso, dispuesto siempre á ir á la botica para recomendar al farmacéutico que se esmere todo lo posible, y hasta para darle friegas

al enfermo si fuese necesario. Este va poco á poco reconociendo que aquel hombre es muy útil, y muy abnegado, y muy adicto, y un día va y le dice:

—Estoy deseando demostrar á usted de un modo concluyente cuánto le estimo. Deje usted que triunfemos y ya verá quién soy yo.

—Gracias, gracias—contesta el perro.

—Vamos á ver, ¿qué aspiraciones son las tuyas?

—Señor... yo no sé si debo...

—Hable usted con toda franqueza.

—Pues bien, mi felicidad consistiría en ser ministro.

El personaje, en vez de coger un bastón y sacudirle un par de estacazos á aquel ambicioso de Lucifer, sonríe placentera-

mente, y dice con aire de protección decidida:

—Bien, bien; ya veremos...

Lo natural sería que le preguntase:

—¿Tiene usted talento? ¿Sabe usted escribir con ortografía? ¿Ha estudiado usted algo en alguna parte?

Pero, no señor, el jefe político no ve en su súbdito más que una sumisión incondicional y un respeto religioso, y esto le basta para apuntarle en el libro de los futuros consejeros de la corona.

Surge una crisis; el jefe es llamado á formar situación y héteme al perro fiel hecho todo un ministro... de cualquier ramo.

Después sucede lo que tiene que suceder; que el tal sujeto no sabe por dónde se anda, ni hace más que desatinos; pero, en cambio, adquiere tal aire de superioridad que no hay quien le sufra y se cree ministro por derecho propio, y guapo por herencia y talentado de real orden.

Suele darse el caso de que la falta de costumbre le lleve al ridículo en más de una ocasión, como le pasó á cierto consejero de la Corona que se puso el uniforme para visitar al embajador francés y encima se plantó la capa.

El emperador al verle no pudo menos de sonreír con cierta malicia, y entonces dijo el consejero:

—Dispense usted, pero tengo un catarro horroroso, lo cual que me he traído la capa.

Este mismo personaje no podía pasar sin sopas de ajo, y cuando tenía que asistir á algún almuerzo político, antes se comía las sopas en su casa. Siempre que iba á comer á Palacio echaba de menos el cocido, y una vez que asistió á un banquete de cierto título del reino, llamó aparte á un criado y le dijo:

—Oiga usted joven. Hágame usted el favor de guardarme un poco de ensalada para después. Tengo la costumbre de comerla de postre.

El mismo día en que juró el cargo de consejero de la Corona, fué obsequiado, en unión de sus compañeros, con un *lunch* en la presidencia del Consejo de ministros.

—¿Qué es esto?—preguntó á uno de los sirvientes acercándose un plato á la nariz.

—Esto se llama un quesito helado—contestó el doméstico.

Nuestro hombre se comió un quesito y le supo á gloria. Después, procurando no ser visto, cogió otro y se lo guardó en el bolsillo del frac, para que lo probara su esposa.

Y decían los porteros de la Presidencia al ver que el nuevo ministro *goteaba* por detrás.

—¡Pobre señor! Se conoce que se le van las aguas y no lo nota.

En nada de esto hay exageración y propósito de zaherir á nuestros prohombres. Entre estos existen algunos muy respetables por su saber y su elocuencia, pero hay

otros muchos que deben su engrandecimiento pura y simplemente á la proteccion decidida de un jefe cariñoso.

Ministros ha habido en este país que no hubiera servido para desempeñar una se-

cretaría de ayuntamiento de cuarto orden, y alguno conozco que ha llegado á la altura, no por su talento ni por su patriotismo, ni siquiera por su actividad: desde un humilde bufete de provincias llegó á desem-

peñar una cartera... por haberle cortado un callo, con esmero y perfección, á cierto jefe de partido, muy delicado de los pies.

Luis Taboada.

(Prohibida la reproducción.)

Gerona. cinco minutos.

(DIÁLOGOS COGIDOS AL VUELO.)

Es usted de los que piden la cabeza de Galdós?

—No, señor. Soy humilde. No pido la cabeza de Galdós ni la de nadie; me conformo con la que tengo, que no es gran cosa, pero me sirve.

—El drama es malo, pero Galdós es respetable.

—De acuerdo. Por eso no respetamos el drama y silbamos á Galdós con el mayor respeto.

—¿Recuerda usted cuando Campoamor estrenó *Cuerdos y locos*?

—Como si fuese hoy. Buena *pateadura* se llevó.

—¿Y de cuando Zorrilla hizo zarzuela su *Don Juan*?

—¡Jesús María! ¡Qué cosas les dijeron á los dos nuestros más eminentes literatos, críticos y danzantes!

—Pues los dos eran ya *un poco* glorias nacionales.

—Pues... no protestó nadie.

—Se *cayó* García Gutiérrez.

—Y Ayala.

—Y Tamayo.

—Y no se les dió la mano.



—Estamos estorbando
—Espera, espera un poco; con estas posturas dudo ya que quede un corazón entero.

—Empujones eran lo que se les daba. Sin embargo, el uno había ya escrito *El Trovador*, el otro *El tanto por ciento*, y el tercero *El Drama nuevo*.

—¡Bueno! pero no habían escrito muchas. Sin duda, por eso...

—¿Va usted esta noche al teatro Español? Hacen *Gerona*.

—No, señor; estoy leyendo *Doña Perfecta* por centésima vez.

—¡Imbéciles!

—¡Aduladores!

—¡Vienen ustedes al teatro á pedir la cabeza del autor?

—Venimos á pedir lo que nos había ofrecido; un drama, y no parece.

—¿Que le parece á usted *Gerona*?

—Venga usted á aquí, á este rincón, donde nadie nos oiga. Acérquese usted. Es una *lata*.

—Pero, ¿esas precauciones?..

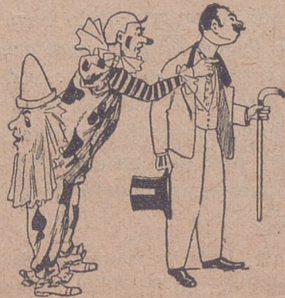
—Temo que me busquen los corregidores de Almagro, que están fuera de sí, porque al ilustre y glorioso autor de los *Episodios nacionales* le ha salido este chaleco corto, digo, largo.

José de Laserna.

PANTOMIMA



—Señor clown, ¿la calle de Sevilla?



—Por allí, todo derecho.



—Muchas... ¿pero qué es esto?

Literatura inglesa.

CÓMO VIVIMOS AHORA

TRADUCCIÓN DIRECTA POR LORD ABSAOP

PERSONAJES

Sr. Merton. | Sr. Rippington.
Sra. Merton. | Sra. Rippington.

Un cura, invitados, criados, etc.

(La escena representa el comedor de un hotel. Véanse el señor y la señora Merton sentados á la mesa del *lunch*. El Sr. Merton, mientras come, echa una ojeada de vez en cuando á un periódico colocado al lado suyo.)

Sr. M. Excelente buey, ¿no es cierto Elfrida? Nada aventaja al buey frío para el *lunch*.

Sra. M. Me alegro mucho que sea de tu gusto. ¿Quieres que te ponga algo más de patata?

Sr. M. Gracias. Hola, mozo, tráeme una pequeña botella de cerveza superior.

Sra. M. (mirando por la ventana). ¡Válgame Dios! ¡Otra vez lloviendo! ¡Y yo que necesito tanto salir á respirar el aire libre! Se halla una cansada de estar en el salón del hotel. Otra vez será preciso que tomemos un cuarto con salita particular. No te parece, Carlos?

Sr. M. Está bien, ya veremos. Has de tener presente que eso cuesta muy caro, y que no somos bastante ricos para tales lujos.

Sra. M. Tú no tienes por qué quejarte. Puedes irte á la sala de fumadores ó al billar, mientras que yo...

Sr. M. Corriente: el daño no es ya muy grande, supuesto que pronto desalojaremos. Otra vez que nos detengamos en un hotel, tomaremos una salita particular. Alcánzame esas conservas, si quieres.

Sra. M. Tengo la seguridad de que no tienes idea aproximada de lo asfixiante y horrible que es el salón de señoras. La atmósfera es irrespirable sobre toda ponderación. Además, en qué consiste que los salones de señoras en los hoteles tienen siempre sus ventanas mirando al interior?

Sr. M. Lo ignoro. ¿Dónde diablos está el criado con mi botella? (Toma el periódico y lee.) ¡Hola! ¿Qué es esto? ¡Caramba, qué sorpresa!

Sra. M. ¿Qué ocurre de particular?

Sr. M. Nada. No estoy sorprendido.

Sra. M. Acabas de decir lo contrario. ¿Por qué no lees en alta voz el párrafo?

Sr. M. (alargándole el periódico). Léelo tú misma. (Retirándolo.) No, te lo leeré yo. ¿Qué prefieres?

Sra. M. Estás impertinente, querido. Léelo y acabaremos de una vez. No creo que sea nada muy asombroso, á pesar de todo.

Sr. M. Verás. (Lee.) «Se ha publicado la quiebra de Herbert Dudley Rippington, importante banquero de Londres. El pasivo asciende á 500.000 libras esterlinas,

mientras el activo puede calcularse en cero. El quebrado atribuye su insolvencia á especulaciones ruinosas y á la inversión de fondos en propiedades que han resultado improductivas.» Ya estás enterada.

Sra. M. (suspirando). ¡Terrible desgracia! ¡Infelices! ¿Qué harán ahora?

Sr. M. Está bien: pero ¿qué harán las pobres víctimas á quienes él ha arruinado?

Sra. M. ¡Y eran siempre tan finos y tan sociables! ¡Cuánto siento su desdicha! ¡Y pensar que tienen un niño delicioso y una adorable niña! ¡Carlos! ¿Crees que quedarán sumidos en la miseria?

Sr. M. No tanto como eso, querida. Esperémoslo así. Los supongo con muchísimos amigos opulentos. Por supuesto, que esta catástrofe ocasionará una terrible diferencia en su género de vida. Acabáronse para ellos las ostentaciones.

Sra. M. ¡Eso es lo de menos! Lo que yo quisiera saber es cómo van á alimentarse.

(Entra el jefe del comedor con dos criados. El primero extiende el mantel sobre una espaciosa mesa no lejos de la que ocupan los Merton. Dicha mesa queda rápidamente adornada con las más escogidas flores, y gime bajo el peso de los postres más suntuosos y delicados.)

EL JEFE (en voz baja á los criados). ¡Vivo! ¡Vivo! Sillas para ocho. (Mira el reloj.) Es ya casi la hora. Dentro de un minuto los tendremos aquí.

Sra. M. (con curiosidad). ¡Válgame Dios! ¿Para quién deben hacerse tan delicados preparativos?

Sr. M. Probablemente para el Alcalde y la Corporación.

Sra. M. ¡Cómo excitan mi interés!

(Abrense las puertas de par en par. Entran, hablando con volubilidad y riendo á carcajadas, el Sr. Rippington, su señora y seis amigos, entre los cuales se percibe un sacerdote. Tras ellos una doncella con almohadones y otros objetos, y un lacayo de empolvada cabellera trayendo un perro dogo. Esta comitiva está flanqueada y seguida de criados con el dueño del hotel á la cabeza, que se muestra obsequioso y respetuosísimo con el quebrado.)

Al pasar la señora Rippington ve á la de Merton y se abalanza hacia ella seguida de su marido.)

Sra. R. ¡Queridísima Elfrida! ¡Qué grata sorpresa me produce hallar á usted aquí! ¡Y qué elegante vestido lleva usted!

Sra. M. (halagada, pero echando una ojeada al rico traje de la señora R., confeccionado por Worth). Es verdaderamente sencillito. No hay término de comparación con el de usted; pero esto no es extraño, pues usted es siempre un modelo de elegancia en el vestir.

(Continúan hablando las señoras, cuando el señor Rippington llega y se da un apretón de manos con el Sr. M.)

Sr. R. ¿Cómo está usted, querido amigo?

Sr. M. Perfectamente, gracias; y usted?

Sr. R. Mal lance el mío, ¿verdad?

Sr. M. ¿Cuál? La quiebra...

Sr. R. Sí, eso. Tengo que pensar en disminuir algo mis gastos. Pienso dejar una de mis habitaciones: la de la plaza de Grosvenor; pero, por supuesto, espero que usted vendrá á pasar unos días en mi posesión de Boundry para entregarnos á la caza, como de costumbre. Ya sabe usted.

Sr. M. Es usted muy amable, pero á propósito. ¿Por qué no me devuelve usted este año una visita en mi castillo de Penwacket? Los guardas dicen que habrá toneladas de aves.

Sr. R. Muchas gracias: ya veré (mira con ansiedad mal disimulada á su mujer que está todavía hablando con la señora M.)

Sra. M. ¿Y dónde está su adorable niña?

Sr. R. En nuestra habitación tomando el *lunch* con su aya. Ya la verá usted luego. Y en cuanto á mi hijo, ha ido á ver dos caballos que quiere comprar. Ahora le da por ahí (poniéndose grave repentinamente y suspirando). Por supuesto, ¿usted habrá oído hablar de la mala partida que esos atroces negociantes de la City han hecho á mi marido?

Sra. M. (Muy confusa.) Sí... sí... precisamente estábamos ahora... leyendo...

Sr. R. ¡Oh! Puede usted hablar sin cuidado. Ya todo el mundo lo sabe. Figúrese usted, querida, que...

Sr. R. (interrumpiendo á su mujer). Querida mía, se nos está esperando para dar comienzo al *lunch*.

Sra. R. ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! (á la señora M.) Usted y su marido nos honrarán subiendo á tomar el café con nosotros, ¿no es cierto? Tenemos varios cuartos elegantes y agradabilísimos con vistas al mar. Piso primero. Los criados guiarán á ustedes.

(Dirigese á la gran mesa, alrededor de la cual se han sentado ya los invitados. Su esposo llega tras ella.)

Sr. M. (á su mujer). ¿No deseabas saber cómo se alimentarían después de la quiebra? ¡Míralos, pues! ¡Pobrecitos!

Sr. R. (á sus convidados). Excúsenme ustedes por la tardanza. ¡Ea! ¡Principiemos! Señor pastor, ahora le toca á usted.

EL CURA (de pie). ¡Bendigamos al Señor que nos concede el pan nuestro de cada día! ¡Háganos siempre reconocidos á su bondad infinita por los manjares que vamos á recibir en este momento!

TODOS. ¡Así sea!

(Un mozo abre una botella grande de Champagne que produce un fuerte estampido. El tapón, lanzado con violencia, choca en la nariz del Sr. Merton. Carcajada general de los comensales.)

Cae el telón.

Percy Reeve.

VENTA DE MALA FE

¿No lo quieres creer?—Pues juro que hablo con fe sincera, aunque con ansia loca: Por un beso, uno solo, de tu boca, diera yo, vida mía, el alma al diablo.

—¡El alma al diablo!...—temblorosa exclama con el santo temor del buen creyente...— ... mas al fin es mujer, y dulcemente satisfecha añadió:—¡Cuánto me ama!

Hurtéle yo á traición el dulce beso, más dulce que la miel por ser robado, y ella en castigo de mi amante exceso me dijo con fervor:— ¡Te has condenado!

Jamás el beso aquel turba mi calma y la pena del hurto no me pesa... ¡Cuando yo la besé, tenía mi alma ha tiempo el diablo entre sus uñas presa!

Luis López-Ballesteros.

PREDESTINACIÓN

De un amor callejero vendido por poquísimo dinero nació la Rosalía, y en la cuna fué comprada cual triste mercancía para hacer de un mendigo la fortuna.

Al llegar á la edad de los amores desnuda de alma y cuerpo, sus favores, los cotizó á diario y fué vendida y comprada mil veces y á mil precios en el triste mercado de la vida.

Vieja precoz, desenfrenada y cínica fué á parar á las salas de una clínica á vender sus dolores, y ya muerta, su cuerpo uno compró, que no sabía de qué se había muerto á ciencia cierta.

Entre instrumentos mil de medicina de una elegante tienda en la vitrina sobre sus huesos, sin ningún respeto, hay un cartel que dice en letras grandes «Es de mujer, se vende este esqueleto».

Ulises Blanzen.

Un anónimo.

(HISTÓRICO)



1.—Paco, el honrado Paco, recibe un anónimo en el que se le amenaza de muerte si no deposita cierta cantidad en el lugar que se le señala.



2.—Pretexando unas compras de grano, para no llamar la atención de su mujer, sacó de la cómoda la cantidad que se le pedía.



3.—Y echó á andar camino del lugar fijado por los malhechores, que tales debían ser.



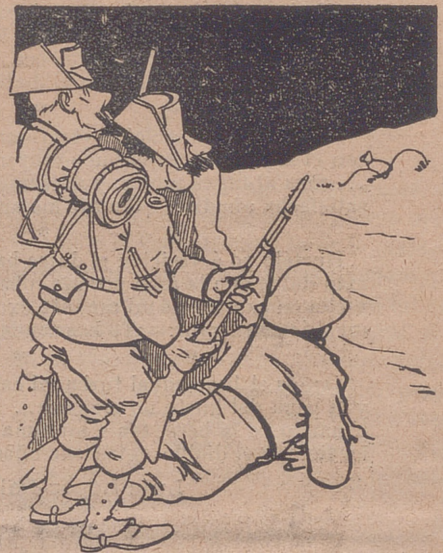
4.—No sin pasar antes, pura precaución, por la casa cuartel de la guardia civil y dar conocimiento del hecho al jefe del puesto.



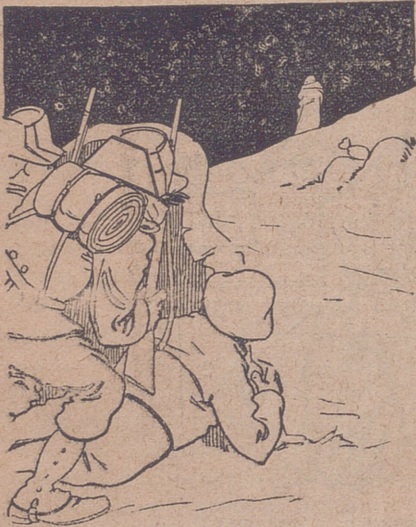
5.—Quien dispuso que una pareja acompañara al bueno de Paco y viera la forma de descubrir al delincuente.



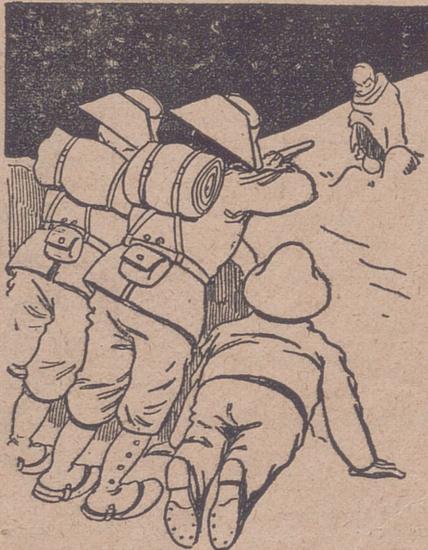
6.—Llegados que fueron á Tomillejo, lugar de la cita, depositaron el dinero en el sitio exactamente exigido.



7.—Y esperaron pacientemente á que viniera alguien á recoger la talega.



8.—Y en efecto, una figura entrapajada asomó al otro lado de la cuesta de Tomillejo.



9.—Alto, dijeron los guardias en el momento preciso.



10.—El autor del anónimo era la mujer de Paco!

Los hombres del día.

D. FEDERICO BALART

Nada de semblanzas, ni de artículos encomiásticos, cuando se trata de hombres tan conocidos y tan justamente reputados como Balart.

LA CARICATURA se honra publicando el retrato de D. Federico por las razones siguientes:

1.^a Porque Balart es el primero de los críticos españoles.

2.^a Porque Balart es un poeta lírico eminente como sabe ya todo el mundo.

3.^a Porque Balart es un humorista de buena ley, que no necesita recurrir á desplantes ni á chabacanerías para decir las cosas con gracia, cuando quiere usarla, y

4.^a Porque digan lo que quieran los del oficio, quizás el primer crítico que tiene talento, cultura y voluntad bastante para cumplir siempre con su misión literaria, es, en España, D. Federico Balart.

Al cual, con todos los respetos debidos, saluda LA CARICATURA, periódico que admira á los maestros de veras.

Los hombres del día.



FEDERICO BALART



INCERTIDUMBRE

—Si, como me supongo, es mi mujer, y el que la acompaña su amigo, y me acerco y los sorprendo... ¿qué les digo? Debía estar escrito eso en alguna parte.

Lo que oyó un sordo.



Don Juan tenía fama de sordo impenitente; y en efecto, era la suya una sordera escandalosa, si se me permite la calificación.

El mundanal ruido no vibraba en las que un poeta trasnochado llamaría cajas *tamboreas* de don Juan. Y eso que éste, de niño y de mozo, tuvo los

oídos agudísimos; pero después, sin saber por qué causa, aquella agudeza se perdió y las membranas tensas y finas, capaces de estremecerse al menor sacudimiento, se trocaron en tabiques sólidos, imposibles de conmover aun con el más tremendo estampido.

Se asegura que don Juan no cuidó debidamente la imperfección aquella que le privaba de un sentido, y sin ensayar remedio alguno, dejó pasar años y años, siendo su cabeza una tumba silenciosa en el estruendo de la vida.

La costumbre hace ley, y los amigos del

sordo acabaron por considerar como la cosa más natural del mundo que el pobre no se enterase de nada de cuanto le decían. Era en las reuniones como un mueble animado. En la mesa del café el más discreto de los contertulios, y en la plaza de toros el más perspicuo de los espectadores. ¡Cuánto gozaba don Juan en aquella fiesta que se le metía dentro por las aberturas de los ojos y sin necesidad de los oídos!

Pero es el caso que don Juan supo que cierto especialista famoso había curado la sordera de un amigo suyo. Le entraron ganas de probar fortuna, y fué á consultar

con el médico. Era preciso hacer el último esfuerzo. Don Juan quería á todo trance cambiar la opinión que tenía de las gentes.

¡Porque á él todos le parecían mudos!

* *

No supo dar detalles el enfermo del tratamiento que le aplicó el especialista. Pero lo ocurrido fué que don Juan entró un día sordo en la casa del doctor y salió de ella oyendo bien, después de aguantar varias manipulaciones.

A nadie había querido comunicar sus esperanzas, y cuando la realidad, en forma de sonidos, le sorprendió, estuvo á punto de morir de gozo.

El ruido de los coches, el murmullo de las conversaciones de los transeúntes, todo le produjo extraordinaria sensación. Hasta llegó á creer que el sol brillaba con más claridad, iluminando con sorprendentes efectos el cielo y las calles.

A los pocos pasos que dió don Juan se encontró con un amigo á quien acompañaba otro señor para él desconocido.

El ex sordo abrió los brazos y exclamó:

—¡Mi querido don Manuel!

El aludido, dirigiéndose á su acompañante, le dijo:

—Aguarde usted un momento. Este maldito sordo se va á fastidiar.

D. Juan se quedó estupefacto. Creía que aquel amigo le profesaba verdadero cariño.

Se despidieron en seguida, y don Manuel, al marcharse, murmuró un «¡vete á paseo!» que dejó al ex sordo lleno de confusiones.

Entró don Juan en su casa. El criado, creyéndole también sordo todavía, le saludó de este modo:

—¡Qué pronto viene hoy este tío!

Su esposa, la esposa amante del buen señor, también le consagró algunos piropos. Todos sus conocidos, todas las personas con quienes mantenía relaciones, al hablar con él, le zaherían y le mostraban enojos. ¡Aquello era imposible! don Juan dirigióse á casa del especialista, y le dijo:

—Vengo á que me devuelva usted la sordera.

—¿Usted se ha trastornado? ¿Por qué?

—Porque las gentes se figuran que sigo teniendo insensibles los oídos, piensan en alta voz delante de mí, y no hay cosa más irresistible que saber con certeza la opinión genuina que respecto de uno tienen los demás.

* *

Hace pocos días me tropecé con el heroe de este cuento. Le hablé con voz natural, y no me oyó.

—¿Es que ha recaído usted en su antigua enfermedad?—le dije, añadiendo á mi pregunta la mímica adecuada.

—No. Cuando quiero oír, oigo. Para las cosas agradables y buenas tengo afortunadamente muy sanos los oídos. Para escuchar á los amigos que lo merecen, también me permito usar mis orejas. Pero para andar por el mundo, para tratar á las gentes en general, he vuelto á mi sordera. Así me evito muchos disgustos y sinsabores. ¡El procedimiento es muy sencillo!

¡Y se sacó de los conductos auditivos dos tapones de algodón en rama!

J. Francos Rodríguez.

Después del estreno

(EN EL SALONCILLO)

—Chiquillo, ¡venga un abrazo!
 —¡Choca!—¡Sea enhorabuena!
 —¡Siete llamadas á escena!
 —¡Esto ha sido un *exitazo*!
 —Te dará mucho dinero.
 —El público estaba loco.
 —¡Hubo espectador que, á poco, le tira á escena el sombrero!
 —¡Qué entusiasmo!—¡Qué ovación!
 —¡Si fué un aplauso constante!
 —¡Qué diálogo más picante!
 —¡Y qué versificación!
 —¡Bien puedes estar contento!
 —¡Qué caracteres!—¡Qué trama!
 —Esta obra te dará fama.
 —Con esta llegas al ciento.
 —¡Qué de chistes!—¡Más de mill!
 —¡Es una obra de primera!
 —¡Si parece una *chistera*, que dijo Pedro Bofil!
 —Pero, ¿y la música?—¡Horror!
 —¡La música es detestable!
 —¡Ratonera!—¡Inaguantable!
 —¡No se oyó cosa peor!
 —¡Ni un número con saliente!
 —¡Ni un motivo original!

—¡Es insulsa!—¡Es infernal!
 —¡Soporífera!—¡Inocente!
 —Querido, ¡qué musiquita!
 —¡Es más mala que un veneno!
 —¡Ah! Si el libro no es tan bueno, os dan la primera grita!

 —Adiós, chico.—Imparcialmente el éxito es merecido.
 —Conste, que el éxito ha sido para ti exclusivamente.

* *

—¡Venga usted aquí *maestrazo*!
 —¡No cabe cosa mejor!
 —¡Qué música!—¡Es superior!
 —¡Choque usted!—¡Venga un abrazo!
 —¡Nada más original!
 —¡Qué dúo!—¡Una filigrana!
 —Vamos, desde *La Africana* no se ha escrito cosa igual!
 —¡Pues y el terceto!—¡Es lindísimo!
 —¡Te valdrá mil ovaciones!
 El coro de los *ratones* va á hacerse popularísimo.

—Pero, ¿y el libreto?—¡Horror!
 —¡Ni una situación!—¡Ni un chiste!
 —¡Desde que el teatro existe no he visto cosa peor!
 —El diálogo es poco, y sobra.
 —Y el poco que tiene aburre.
 —Pero, hombre, ¿á quién se le ocurre poner música á esta obra?
 —¡Todo es falso!—¡Artificioso!
 —¡El asunto, insoportable!
 —¡El desarrollo, execrable!
 El verso duro y ripioso.

 —Conque, adiós.—Imparcialmente el éxito es merecido.
 —Conste, que el éxito ha sido para usted exclusivamente.

* *

Esto es, querido lector, lo que ocurre en todo estreno. Conque, si tienes valor, sigue el oficio de autor, ¡y ya verás lo que es bueno!

Manuel Soriano.

Panamismo.



BIENAVENTURADOS los panamistas, porque de ellos es el reino de la tierra.

Claro está que no aludo á los accionistas del famoso canal, á quienes está reservado el reino de los cielos, por inocentes y mártires.

Hablo de los autores de esos timos monumentales que, sin perdón de la Academia, designa ahora el vulgo con tan gráfico neologismo.

Después de haberse estremecido el mundo en presencia de las persecuciones decretadas contra una legión de encumbrados personajes de la política y la banca, hemos visto á casi todos los perseguidos salir de las garras de la justicia con la ceniza de la absolución en su erguida frente.

Un poco más y salen con la palma del martirio y la blanca túnica de la inocencia.

Lo cual hubiera sido un consuelo para los mártires *ut supra*.

Pero hemos visto condenar á los administradores de la Compañía del Panamá; y aunque la opinión pretende que en esta ruidosa causa han pagado justos por pecadores, no parece mal que de vez en cuando venga algún escarmiento á poner coto á la inmoralidad que de todas partes se sale de madre—y de padres de la patria.

Si no, ¿dónde iría á parar esa brillante



—Vamos, pues no se me ha llevado el aire el sombrero.

—¿Para qué le servirá?

sociedad de fin de siglo, febrilmente agitada por la ambición del oro y la concupiscencia de los placeres?

Conviene proclamar á voz en cuello la moral pública, con la condición de dejar á las conciencias individuales dormir tranquilas en el cieno de todas las corrupciones.

Trabajo tendríamos si tuviésemos que desenmascarar á todos los personajes que habiéndose enriquecido ó encumbrado por medio del agio ó la intriga, se las echan de architipos de probidad. Contentémonos con que en la comedia social representen bien el papel de hombres serios y honrados.

Recientemente hemos visto proclamar, por hombres públicos de gran talla, estupendas teorías que autorizan ó excusan la violación de sacratísimas leyes morales.

Ya sólo falta que los personajes influyentes de todos los bandos políticos formen un pacto que les permita entregarse á los goces de la vida, sin temor de que los que suben causen la menor molestia á los que bajan del poder.

Esa ceniza de absolución que los jueces echan cada día en la frente de los que la opinión pública denuncia como ladrones distinguidos, prueba que ese pacto empieza á ser tácitamente un hecho en las naciones adelantadas.

El gran mundo europeo es una Bolsa en que todo se evalúa y se cotiza, desde el cinismo de los hombres hasta la hermosura de las mujeres; un mercado colosal en que todo se compra y se vende, honras y conciencias inclusive.

Lo más gracioso es que á eso le llaman el orden social, y que los defensores de ese orden invocan á cada paso, en lenguaje declamatorio, los sacrosantos principios de la religión, de la familia y de la propiedad... para vender su alma al primer diablo que se la compre, llenar el mundo de hijos adúlteros y servirse de bombas aspirantes para trasladar á sus cajas los ahorros de los pobres.

Esos ilustres farsantes reciben muchas bendiciones de los curas y muchos besos de sus queridas, las cuales representan admirablemente con ellos la comedia del amor.

El verdadero amante suele quedarse entre bastidores.

Y todas las fuerzas sociales se unen para proteger á esos personajes.

De vez en cuando los tribunales de justicia dan un golpe de efecto, condenando á un Eiffel ó á un Lesseps, y así el vulgo



—Sí, hombre; pues pequeño bromazo que te di. ¿No te acuerdas de haber llamado á una máscara ¡animal!... Pues ese animal era yo.

cree que son honrados todos los grandes bribones á quienes no se persigue ó se absuelve.

En esa farsa fenomenal y eterna que ahora se llama *panamismo*, hay papel para todo el mundo.

Juan B. Enseñat.



—Y ese traje ¿de qué es?

—De pierrot.

—... Chico, eso parece una palabra fea.

Gacetillas Teatrales

EN la Comedia han estrenado una de don Miguel Echegaray, titulada *Abogar contra sí mismo*. Los críticos no han abogado por la obra; al contrario, le han vapuleado de lo lindo. No ha sido esto lo más malo. Lo peor ha sido que dando á la crítica efectos retroactivos, algunos gacetilleros han hecho mangas y capirotos con la reputación de D. Miguel.

No diré yo que Miguel Echegaray sea un genio, ni mucho menos, pero vamos, considero injusto la opinión de los que le toman por un currinche cualquiera. Echegaray, el menor, es menor que el mayor, como diría Perogrullo, pero es Echegaray. El que ha escrito comedias como *Servir para algo* y *Sin familia*, no es un autorcillo de tres al cuarto. Puede que á la posteridad no pase, pero actualmente bien puede pasar.

Abogar contra sí mismo es una comedia agradable, que entretiene, que sirve para pasar el rato. No es ningún arco de iglesia, no es una maravilla, pero en fin, revela que su autor tiene ingenio, de ese ingenio que está más escaso de lo que algunos suponen.

Ahora bien, como dicen los oradores lógicos, detrás de un drama tan hermoso como *Mariana*, una comedia de esas ligeritas, con sus versitos y su corte al uso del antiguo régimen, parece cosa insulsa, y se mira con desdén. Pero no hay que ser injustos con los pocos autores que como Miguel Echegaray pueden decir recitando al poeta francés.

Mon verre c'est bien petit, mais je bois dans mon verre.

¿Que *Abogar contra sí mismo* no da dinero? Es claro. El gusto del público se modifica en sentido progresivo. Ya se piden en la escena muchas cosas. Ya no bastan unos cuantos versos sonoros y alguna situacioncilla cómica ó dramática, esto no obsta (sigó hablando como los oradores), para que echando por la calle de enmedio neguemos el ingenio á los que lo probaron muchas veces.

Por supuesto, que yo doy mi opinión, francamente, porque me la piden. Digo esto al tanto de que ha llegado á mis noticias que algunos apreciables compañeros censuran por ahí que Palomo es esto y lo otro... Palomo es una buena persona, aunque me esté mal el decirlo; y en calidad de buena persona escribe lo que piensa, sin ambages, y hasta la fecha no se ha sentido hombre superior de esos que miran con desprecio las obras ajenas.

Puede que algún día me note yo genio,

como algunos que conozco, y salga echando por la boca y por la pluma dogmas como montañas. Pero hasta ahora, gracias á Dios, sigo en mi vulgaridad, y con arreglo á ella (de mi vulgaridad hablo), compongo mis gacetillas.

¿Que parecen bien los juicios del humilde gacetillero que suscribe? Pues me alegro mucho.

¿Que no parecen bien? Pues lo siento infinito.

Yo *hago* los juicios por hacerlos, no para enseñar á nadie. De modo y manera que no se me da una higa de las objeciones que se formulan contra mis gacetillas, si es que se formulan.

Y ustedes dispensen este inciso, y lo de las objeciones y lo de formular, etc., etc. Hoy me siento latero como cualquier orador concienzudo.

El Empecinado (zarzuela), se marchó con la música, no á otra parte, sino á su casa. La verdad es que *El Empecinado* no debió ir nunca al Circo de Parish, aunque llevara la buena compañía (y conste que no aludo á los artistas del Circo), de Meyerbeer y otros compositores insignes.

Porque tiene poca gracia eso de tratar de enternecer á la gente y salir luego con que todo el mundo se ríe mucho con las cosas que le pasan á D. Juan Martín. Por supuesto, que es el D. Juan Martín, en mal hora exhibido por el Sr. Cuartero, porque el auténtico disfruta en paz de su gloria, y tiene el respeto histórico que merece.

En fin, bueno es que los libretistas dejen yacer tranquilos á los que están con Dios, y si por acaso echan mano de ellos, los traten con más consideración y mayores miramientos de los que usan los autores de *El Empecinado* (zarzuela.)

Los cuales autores no debían de *empecinarse* en hacer obras en tres actos, si es que Dios no les llama por ese camino, como parece.

El Mochuelo, que han estrenado en Lara, pasó. Es una obrilla como otras muchas. Pero el detalle de freir un par de huevos en escena, ha sido objeto de grandes comentarios, como decimos los *reporteres*.

Con el tiempo puede que los periódicos escriban hablando del estreno de alguna obra: «El juguete cómico *La acémila*, estrenado anoche en *Titirimundi*, fué aplaudido, aunque carece de novedad, etc., etc.

Pero lo que llamó la atención del público fué ver al actor Ubime clavar unas me-

dias suelas auténticas, en unos zapatos, auténticos también. La señorita Curdela declamó medianamente su parte, pero al final obtuvo una ovación fregando loza.»

Si la moda de freir alimentos en los escenarios cunde, sabe Dios qué nuevos mollos habrá que buscar para las comedias.

Por supuesto, que todo es empezar. Ya se frien huevos; quizás en otro juguete cualquier actriz fría patatas, y así llegarán á hacerse tortillas á la vista del público.

La Judic se marchó sin estrenar el *vaudeville* de casa, es decir, el que le tenía preparado un español. ¡Cuánto lo siento! Por que el *vaudeville* hubiera gustado lo indecible. Aquí las comedias escritas en castellano suelen no agradar pero en francés se aplauden siempre. Está probado.

A última hora resultó que madame Judic se puso mala, y no dió el número de funciones comprometido. Esto ha disgustado mucho á algunos ilustres señores. Uno de ellos me decía la otra noche: La ausencia de la Judic me entristece. Tendré que ir al Real únicamente, porque yo al Español no voy aunque me fusilen. Quién se pasa toda una noche oyendo versos de Ayala, pongo por caso, acostumbrado á entretener la velada con una comedia, de la cual no se comprende ni media palabra.

En fin, hemos perdido á la Judic, por ahora. Quiera el cielo que vuelva por acá á representarnos esas cositas de su repertorio, aunque cada uno de nosotros (hablo en términos generales) salga del teatro murmurando: ¡Cuánto daría yo por explicarme las cosas que he oído!

En el teatro de Apolo han seguido en parte mis consejos. En vez de estrenar han acudido al repertorio, y *Cádiz* está produciendo tanto dinero y tantos aplausos como cuando se representó por primera vez.

Además de tener *Cádiz* la música más sandunguera del mundo, es obra que encaja en la moda reinante. Todo se vuelve episodios nacionales. *Cádiz* por aquí, *Gerona* por allá, *El Empecinado* por otra parte. Se anuncia *El Dos de Mayo*, y los carteles de los teatros se cubren de rojo y gualda para ver si al público le da frío en la espalda y le late el... bolsillo.

¡Y aún hay quién dice que la escena nacional está abandonada! ¡Dudar de nuestro amor al arte de España cuando nuestro patriotismo no desaparece un solo instante... de las anunciadoras por carteles.

Juan Palomo.

SECCION AMENA Y PRODUCTIVA

JEROGLÍFICO CON PREMIOS

REGALO DE D. ENRIQUE F.-DE ROJAS

Impresor de esta Revista.

Primer premio: 25 pesetas

Cinco segundos premios de consola-

ción de

medio año de suscripción a

LA CARICATURA

	3	
	3	
	2	
	1	
9	<u>9</u>	D

nnnnn

XVEROT^βia

D

catalanes gaditanos manchegos

p

1

1	3	—	0	5	—	8	1	—	8	8	1	—	6	7
4	8		3	6		5	4		3	4	5		5	3
5	9		5	7		4	3		5	5	9		8	2

Las soluciones han de estar en nuestro poder los martes.

NO SE ADMITEN SEUDÓNIMOS

Cuarta inserción.

OTRA vez volvemos á las andadas. Nos dice un suscriptor rezungún de suyo: «Cómo habiendo yo enviado mi solución el sábado á última hora, ha podido llegar después que otra de Valencia!»

Pues es muy fácil, dulce y querido amigo. Al mismo tiempo que en Madrid se pone á la venta LA CARICATURA en Valencia, y por tanto pudo ese señor á que usted alude ser también listo y enviar su solución en el tren que sale de allí por la tarde, y por tanto estar en nuestro poder al día siguiente, después de la de usted, en efecto, que la trajo el día de salida por la noche; pero ¿dejaría de depositarla en correos antes que usted? Le corresponde, por tanto, un lugar anterior?

El martes recibimos soluciones que han de figurar necesaria y lógicamente antes que muchas depositadas en Madrid dos días antes.

Lo hemos dicho ya en otra ocasión; para el orden y numeración de las soluciones tenemos en cuenta las salidas de los correos, aparte de que hay muchos lectores que todas las semanas envían telegramas momentos después de la salida del número.

Queriendo se llega siempre á tiempo. Lo esencial es descifrar los jeroglíficos pronto y bien.

Hay quien llega el martes á última hora jadeante, diciendo: «ahí está, la acabo de sacar», y luego se lamenta amargamente de no haberse llevado el premio. Pero cristiano, ¡si antes que usted había ya doscientos!

Nuestro interés está en que los concursos se celebren en la mejor armonía posible y sin que nadie pueda ver defraudadas sus esperanzas por culpa nuestra.

Mientras no dispongamos de tantos premios como lectores, habrá descontentos, ya lo sabemos, es condición del carácter español, por eso llevamos con calma las recriminaciones de unos y otros. También en eso llevamos nosotros nuestras utilidades: mientras ustedes se ganan los cuartos nosotros ganamos el cielo, y en él un puesto al lado del santo Job.

* *

Parece que esta semana se ha picado un poco el amor propio de los *adivinatorios*, y se han dedicado con preferencia al jeroglífico tipográfico del Sr. Rojas, y vamos, ya se van acercando.

Al que se han aproximado lo suficiente para llevarse los premios ofrecidos es al otro, al facilito, que era así:

«ESTE ENTRETENIMIENTO REGALA Á USTEDS ALGUNAS PESETAS.»

Ha correspondido el PRIMER PREMIO de 25 PESETAS á

D. FELIPE PÉREZ Y CAPO

Peninsular, 11, Madrid.

Y los cinco segundos premios de medio año de suscripción á LA CARICATURA á

D. FEDERICO ALCÁZAR Y CÉSPEDES

Mesón de Paredes, 100, 2.º, Madrid.

D. FEDERICO RODRIGO

Cuchillerías, 12, Avila.

D. TIBURCIO COLLADO

San Cosme, 5, Madrid.

D. ESTÉBAN MARÍN

Trafalgar, 5, Madrid.

D. MANUEL FUENTES FIGUEROA

Escorial, 16, Madrid.

Y han enviado además la solución exacta, los señores siguientes:

D. F. Durán, Madrid. — D. Benito Villar, Sevilla. — D. José Valenzuela, Madrid.

Y nada más á propósito de este jeroglífico.

En cuanto al otro ¡oh! el otro va picanco en historia.

La de hoy es la cuarta inserción, y como si cantáramos.

Un suscriptor nos indica lo que él cree causa de que no se haya descifrado el tal jeroglífico, y á este efecto dice: «como publican ustedes al mismo tiempo otro más fácil, naturalmente, todos nos inclinamos más á éste que al difícil; se necesitaría ser tonto para no hacerlo así, porque á lo que aquí estamos es á llevarnos las pesetas lo antes posible.

Y puede que tenga razón. Y por si la tuviera, hemos resuelto publicarlo sólo esta semana, á ver si no teniendo otra cosa en qué entretenerse lo descifran de una vez.

* *

¿Soluciones? ¡La mar! Necesitábamos todo el número para publicarlas; damos algunas para que ustedes vean por dónde van las corrientes y puedan seguir las ó buscar otros rumbos.

* *

«Apreciable director de la «Sección productiva». Dispénsame que le escriba publicando su favor.

Debe ser acaudalado don Enrique F.-de-Rojas

que tiene escritas más hojas que deudas tiene el Estado.

En cambio yo... ¡pobrecillo! soy más pobre que ninguno; ¡ni un solo ochavo moruno me suena por el bolsillo!

¿Qué le cuesta al impresor darme el premio, y escribir la solución y decir:

«Ha acertado ese señor?... (?...)

Por si algún impedimento á esto pudiera oponer, puede usted interceder y... me lo dará al momento.

¡Vamos, me pongo frenético! Tembloroso y terrorífico al leer el *jeroglífico* tipográfico aritmético.

Pero después de mirarlo digo, ¿sacarlo es posible? ¿Que sí? ¡Gozo indescriptible!

¡Luego yo puedo sacarlo! Este principio admitido, tomo lápiz y papel, me las emprendo con él y lo leo... de corrido.

Veintisiete unidades de letras minúsculas y mayúsculas (ordenadas) (forman) lengua (ó la lengua) de españoles sin contar los números ó sin contar cifras, números y signos.

Por si no hubiera acertado la solución verdadera, haré de modo y manera que sea yo el *agraciado*.

Estando hoy en el poder la diosa de la *influencia*, usaremos de la ciencia de *influir* para vencer.

.....
Con todo esto nada teme quien las *pesetas* ansía; á usted las gracias envía su servidor

J. V. M.»

«Un número sumado ó (descompuesto) de tipos (ó caracteres) varios de españoles parece un encasillado.»

C. C.

«Una gran cifra es la suma de desconocidos tipos de españoles peleantes de las casillas.»

F. R.

«El tipo más grande de enemistad español es el prestamista.»

F. A. y C.

«Nueve es la suma de letras de cada una de las palabras catalanes, gaditanos, manchegos, separado entre sí el espacio (distancia ó hueco) de *un* á letra semejante en la forma.»

A. M.

«Tres veces nueve, número á una suma de cinco letras repetidas y siete diferentes había en una línea de tres nombres compuestos sobre de un encasillado.

¿Vale la solución? ¿Sí? ¡Gracias á Dios, hombre! Pues vengan esos cinco... y los otros del Banco, y que usted tenga tantas suscripciones como jipios ha dado el Breva y tantas pesetas como desea *mangué* para mí.»

S. E.

«Nueve es el total de diferentes tipos de españoles del Estado.»

«Nueve es el total de diferentes tipos de españoles del Estado y punto final.

¡Rediós! con el tal entretenimiento; nada, con decirle á usted que he perdido cinco kilos de peso á fuerza de cavilar, está dicho todo.

Mándeme las 25 pesetas del Sr. de Rojas para ver si consigo reponerme, porque bien lo necesito. ¡Ah! no se le olvide de darle al menos una suscripción al señor de Pellistas.»

P. M.

«Nueve es el total de letras de caracteres diferentes de una imprenta»

J. J. P.

«Declaro que debo al Sr. Rojas la especie de adobo en que me quedan los sesos: ¡cuánto sudor pide por 25 pesetas! pero yo soy muy tijeretas y ya estaba á punto de perder la chaveta, porque hasta tengo lleno de guarismos las paredes y el suelo de mi cuarto, igualito que aquél cajero de *La Carcajada*, cuando dándome una cachetina por bruto, me resultó esta consoladora solución:

«El número y otro talante de varios y diversos tipos de provincianos, trasforma el encasillado.»
¡Ole ya!»

J. M. C.

«Harto ya de ver publicado el jeroglífico del Sr. Rojas, aunque nunca les he tenido afición, me ocupo de él, pues creo hallé su solución desde el primer número, que á mi juicio es la siguiente:

Iguals caracteres hay entre catalanes, gaditanos y manchegos que entre los seres restantes.

Con esta redacción ó aproximada creo sea la solución.»

A. P.

«Nueve es la suma de tipos de españoles del encasillado.»

I. E.

«El otro, el difícil, lo tengo medio vendido, pero no lo acabo de tragar. Esto le tendrá á usted sin cuidado, seguramente, pero lo digo sólo para que conste que se trabaja por la existencia, y no hay nada de la indiferencia olímpica que ustedes nos suponen.

Han creado ustedes un *al higuí* en el que saltarán, dentro de poco, todas las clases sociales.

Por mi parte, cuando me preguntan mi profesión, contesto:

«Pues soy descifrador de jeroglíficos con premio. No pienso en otra cosa.»

E. M.

«¿Podré ser tan feliz que habré dado en el *quid* del jeroglífico difícil?

«Segura estoy que hago una plancha más;

pero luego de la del Sr. Pellista la mía resultará pálida.

Encárguele al Sr. Rojas que no se permita esas humoraditas, porque nos pone á todos nerviosos. Allá va eso:

«Entre varios de los caracteres de españoles hay tres determinantes, que son los tipos que hay sobre el encasillado.»

FRANCISCA S.

«Nueve es la suma de las letras de los diferentes caracteres (ó tipos) de cada una de las palabras catalanes, gaditanos y manchegos, que están en el encasillado.»

L. A.

«Entre el número total de diversos tipos de españoles hay caracteres iguales y pequeñas diferencias.»

B. V.

«Ahí van unas pocas de cosas, á ver si alguna de ellas es equivalente á 25 pesetas, y si no, á un premio de consolación, que con eso me consuelo.

Y si no sirve ninguna
De las soluciones estas,
No tendré... *consolación*
Ni veinticinco pesetas

que bastante falta me están haciendo.

Escuche usted que ya empiezo,
Que está obscuro y huele á queso:

1.^a Entre los muchos tipos que hay, están (ó hay) *algunos españoles*.

2.^a Muchos tipos hay en este mundo, y entre ellos algunos españoles.

3.^a Los españoles están entre tipos de muchas clases

4.^a Algunos españoles están en distintos grupos

5.^a Los españoles están en grupos reunidos.

6.^a En grupos muy distintos hay algunos españoles.

Que Dios dé á usted muchos años de vida para que publique usted muchos jeroglíficos facilitos como éste, y déme usted á mí las 25 pesetas, de las cuales, así como de usted, quedo muy afectísimo.»

E. V.

«Después de haberme *quebrado* la cabeza por espacio de quince días con el jeroglífico tipográfico, y sacar muy poco en limpio (pues por eso no le he mandado

solución ninguna de él), hoy *creo* que he dado con la clave de dicho jeroglífico; he aquí:

«Un número incomparable de tipos españoles están esperando á que se les encasille.»

A. R.

«Por el núm. 30 de *LA CARICATURA* veo que le he andado cerca; pero todavía me faltó algo; ¡veremos si en esta estoy más afortunado! ¡ojalá! (tero era mi abuelo y hacía embudos de papel).

Ahí verá usted ciencia. Al *difícil*, como usted le llama.

«Nueve es la suma de ministros y presidente, para lo cual hay muchos pretendientes, y en particular catalanes, gaditanos y manchegos, aguardando que se les encasille.»

Q. R.

Y ahora, con su permiso, el redactor encargado de esta sección se va á meter en la cama, porque en el momento en que termina despunta el día y le han levantado ustedes un dolor de cabeza más que mediano en fuerza de leer, separar y ordenar tanta carta.

Morfeo le proteja y le de el reposo que ha menester.

Y ha ta el martes próximo que volverá á ocurrir lo mismo, si no peor.

* * *

Postscriptum. - En las soluciones recibidas existen todas las palabras que forman mi jeroglífico, aunque mal ordenadas.

ROJAS

IMPORTANTE

Para mayor comodidad del público hemos establecido dos centros de suscripción en los establecimientos de objetos de escritorio de D. Policarpo Sanz Calleja,

Montera, 31, y Príncipe, 25.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Todos los grabados de este número han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.^a, San Bernardo, 69, Madrid.



¡Caramba!
El mejor café
no es el de *La España?*
Diga usted que sí, etc.
Santa Engracia, 94.

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID

IMPRENTA

DE

Enrique F.-de-Rojas

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

ESQUINA Á LA CALLE DE LAS BEATAS

IMPRESIONES

DE

TODAS CLASES

ESMERO EN LOS TRABAJOS

QUE SE EJECUTAN EN ESTA CASA

MADRID



LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Se publica los domingos.

—> 16 PÁGINAS, 15 CENTIMOS <—

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En Madrid y provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA

Número suelto, **15 céntimos**.—Id. atrasado, **30 céntimos**. Corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

LA CARICATURA ha conseguido en muy poco tiempo colocarse al nivel de las mejores publicaciones del extranjero. Y como obras son amores y no buenas razones, ahí van las firmas con que hasta ahora se han honrado las columnas de LA CARICATURA:

Alas, Leopoldo (*Clarín*).

Abate Pirracas.

Benlliure, J.

Blanco, Ramiro.

Bofill, Pedro.

Burgos, Javier.

Campoamor, Ramón de (de la Real Academia Española.)

Castelar, Emilio (de la Real Academia Española.)

Cávia, Mariano de.

Delgado, Sinesio.

Dicenta, Joaquín.

Enseñat, Juan B.

Ernesto.

Esbri, José María.

Estrañá, José.

Estremera, José.

Flores García, F.

Francos Rodríguez, J.

En todos los números

Sección amena y productiva

con regalos de 25, 50, 75 y 100 pesetas, á todos sus lectores.

LA CARICATURA

UNA PINTURA DE EFECTO



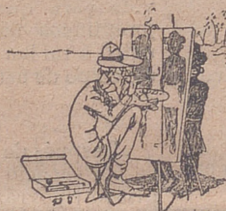
1
Lo primero es el perfil. El dibujo no hay cuadro bueno.



2
Y entregada color, mucho color.



3
Y luz, muchísima luz.



4
Ahora el latente.



5
Perfectísimo; sólo les falta moverse.



6
.....

- Larrubiera, Alejandro.
Laserna, José.
Lustonó, Eduardo.
Luque, J.
Matóses, Manuel.
Méndez.
Ortega Munilla, José.
Ossorio Gallardo, C.
Palacio, Eduardo de.
Palacio, Manuel del (de la Real Academia Española.)
Palomo, Juan.
Pando.
Pardo Bazán, Emilia.
París, Luis.
Paso, Manuel.
Pérez y González, Felipe.
Pons, Angel.
Forset, Liborio.
Rojas, Pedro de.
Royo Villanova, Luis.
Rovira, Prudencio.
Rueda, Salvador.
Sánchez Pérez, A.
Serrano de la Pedrosa, F.
Soriano, Manuel.
Taboada, Luis.
Urrecha, Federico.
Valdés, L., y otros.

LA CARICATURA

es el periódico cómico mejor y más barato de cuantos se publican en España.

Encargado de la venta en Madrid, JOSÉ MARÍA ARAQUE, café del Pinar, calle de Alcalá, 35.

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.